Sección Clásicos

Thomas Robert Malthus:
Primer Ensayo sobre la población

(113) C.2

001554

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid

001554

1289
c.2

Capítulo 1

Los grandes e imprevisibles descubrimientos de los últimos años en la filosofía natural; la creciente difusión de la cultura general, gracias a la extensión del arte de imprimir; el espíritu investigador, ardiente y libre, que prevalece en el mundo culto e incluso en el mundo inculto; la nueva y extraordinaria claridad que ha sido proyectada sobre la vida política, deslumbrando y asombrando a los más entendidos y, especialmente, aquel tremendo fenómeno surgido en el horizonte político, la Revolución francesa, que, como un cometa en llamas, parece destinado sea a inspirar con una vida nueva y vigorosa sea a abrasar y destruir la mermada población de la tierra; todo ello ha contribuido a suscitar en la mente de muchos hombres de talento la idea de

que la humanidad ha llegado al borde de un período en el que han de producirse importantísimos cambios, los cuales, en cierta medida, serán decisivos para el destino futuro de la sociedad humana.

Se ha dicho que el hombre se halla frente a una alternativa: o marchar adelante con creciente velocidad hacia mejoras ilimitadas y hasta ahora inconcebibles o ser condenado a una perpetua oscilación entre la felicidad y el infortunio, permaneciendo siempre, pese a todos los esfuerzos, a distancias inconmensurables del objetivo soñado.

Sin embargo, a pesar del ansia con la que todo amigo de la humanidad debe anhelar el fin de esta dolorosa espera y el ardor con que un espíritu abierto saludaría cualquier rayo de luz susceptible de aclarar su visión del porvenir, no puede uno sino lamentarse al ver cuán alejados unos de otros se mantienen los escritores al abordar esta trascendentalísima cuestión. Sus argumentos no son objeto de un examen mutuo y sincero. Incluso en el plano teórico, el problema es planteado desde ángulos tan distintos que no parece cercano un acuerdo.

Quienes defienden el presente orden de cosas tienden a considerar la secta de filósofos especulativos, ora como a un grupo de insidiosos y astutos pícaros que predican la benevolencia y trazan seductores cuadros de una sociedad más dichosa, tan sólo para poder destruir mejor las instituciones existentes y dejar campo libre a sus sagaces y ambiciosos proyectos, ora como a irres-

ponsables y alocados entusiastas cuyas necias especulaciones y absurdas paradojas no merecen la atención de ningún hombre razonable.

Quienes sostienen la perfectibilidad del hombre y de la sociedad sienten, a su vez, por el defensor de las instituciones presentes un desprecio no menos acusado. Le tildan de ser esclavo de los prejuicios más miserables y estrechos; le acusan de defender los abusos de la sociedad actual únicamente para continuar beneficiándose de ellos. Le describen, bien como un individuo que prostituye su inteligencia a sus intereses, bien como un desgraciado cuya capacidad mental no le permite alcanzar nada grande y noble ni ver más allá de sus narices y para quien están, evidentemente, vedadas las luminosas ideas de los benefactores de la humanidad.

En este ambiente de enemistad, la causa de la verdad no puede menos de sufrir. Los argumentos de peso, por una parte y por otra, no tienen la posibilidad de ejercer la influencia que merecen. Cada uno prosigue con su propia teoría, sin preocuparse de enmendarla o mejorarla atendiendo a lo expuesto por sus contradictores.

El amigo del presente estado de cosas condena todas las especulaciones políticas en conjunto. Ni siquiera se digna examinar las bases sobre las cuales se postula la perfectibilidad de la sociedad. Y menos aún hace el esfuerzo de exponer, honrada y cabalmente, lo que considera erróneo en dichas teorías.

El filósofo especulativo también ofende la causa de la verdad. Con la mirada fija en una sociedad más feliz, cuyas dichas describe con los más atractivos colores, se entrega sin vacilar a los vituperios más mordaces contra toda institución vigente, sin aplicar su talento a considerar los medios mejores y más seguros de suprimir los abusos, en aparente inconsciencia de los tremendos obstáculos que amenazan, incluso en teoría, el progreso del hombre hacia la perfección.

Es una verdad establecida en filosofía que toda teoría correcta acaba siempre por hallar su confirmación experimental. Se producen, no obstante, en la práctica tantos roces y tantas nimias circunstancias, casi imprevisibles incluso para las mentes más comprensivas y penetrantes, que son escasos los temas respecto a los cuales se puedan decretar correctas teorías que no hayan sufrido la prueba de la experiencia. Pero antes de ser probada, una teoría no puede ser honradamente presentada como probable, y menos aún como correcta, mientras todos los argumentos contra ella no hayan sido objetivamente sopesados y clara y contundentemente refutados.

He leído, con sumo agrado, algunas de las especulaciones sobre la perfectibilidad del hombre y la sociedad. Me he sentido reconfortado y deleitado por el cuadro encantador que nos presentan. Ardientemente deseo tan felices perfeccionamientos. Pero veo el camino hacia ellos erizado de grandes y, a mi juicio, insuperables dificultades. Mi propósito no es otro sino señalar estas dificultades, afirmando, al mismo tiempo, que, lejos de

regocijarme en ellas como causa de triunfo sobre los amigos de la innovación, nada podría producirme mayor agrado que ver estas dificultades totalmente superadas.

El principal argumento que pienso esgrimir no es ciertamente nuevo. El principio sobre el que se asienta fue ya explicado, en parte, por Hume, y más ampliamente por el doctor Adam Smith. También el señor Wallace lo ha utilizado aplicándolo al tema que nos preocupa, pero sin el vigor ni la fuerza debidos, y probablemente habrá otros escritores que hayan abundado en lo mismo y que yo desconozco. Por consiguiente, no hubiera pensado siquiera en presentar de nuevo este argumento, aunque, en todo caso, pienso enfocarlo desde un ángulo distinto de aquellos desde los cuales lo ha sido hasta ahora, si hubiese sido genuina y satisfactoriamente refutado.

El motivo de esta negligencia, por parte de los defensores de la perfectibilidad humana, no es fácil de explicar. No puedo poner en duda el talento de hombres como Godwin y Condorcet. No quiero tampoco dudar de su sinceridad. A mi modo de ver, y probablemente al de la mayoría de los demás, las dificultades para llegar a una sociedad perfecta parecen insuperables. Sin embargo, estos hombres de reconocida inteligencia y sabiduría apenas se dignan mencionarlas y prosiguen sus especulaciones con el mismo ardor y la misma inquebrantable confianza como si estas dificultades no existiesen. No tengo, ciertamente, derecho a decir que su ceguera ante estos argumentos sea deliberada. Más bien debería dudar de la validez de argumentos que, si bien a mí me parecen irrefutables, son, sin embargo, considerados como despreciables por hombres de semejante categoría. Sin embargo, a este respecto, debemos confesar que todos somos demasiado propensos al error. Si yo viese que a un hombre se le ofrecía reiteradamente un vaso de vino, sin que éste le prestara atención alguna, me inclinaría a pensar que el hombre era ciego o descortés. Una filosofía más justa debería enseñarme más bien a pensar que mis ojos me engañaban y que aquel ofrecimiento no era realmente tal y como yo lo percibía.

Al entrar en el tema, debo advertir que he excluido deliberadamente toda mera conjetura, es decir, toda suposición cuya probabilidad de realización no tenga una sólida base filosófica. Supongamos que un escritor me dijera que, en su opinión, el hombre acabará por convertirse en avestruz. No podría llevarle propiamente la contraria. Pero antes de pretender convencer a cualquier persona razonable tendrá dicho escritor que demostrar que los cuellos de los hombres se han ido alargando gradualmente, que sus labios se han ido endureciendo y haciéndose más salientes, que la forma de sus piernas y de sus pies se va modificando día a día, y que su pelo está empezando a transformarse en plumas. Y mientras la probabilidad de tan asombrosa conversión no pueda demostrarse, es pura pérdida de tiempo y despilfarro de elocuencia explayarse sobre la felicidad

del hombre convertido en avestruz, destacar su nueva habilidad tanto para volar como para correr, describirle en su nueva condición, despreciativo de todos los lujos mezquinos y exclusivamente dedicado a cosechar los elementos imprescindibles de la vida, resultando así ligera la parte de trabajo correspondiente a cada hombre y amplia y abundante, en cambio, su parte de ocio.

Creo poder honradamente sentar los dos postulados siguientes:

Primero: el alimento es necesario a la existencia del hombre.

Segundo: la pasión entre los sexos es necesaria y se mantendrá prácticamente en su estado actual.

Estas dos leyes, que han regido desde los tiempos más remotos del conocimiento humano, aparecen como leyes fijas de la naturaleza, y no habiéndose jamás observado en ellas el menor cambio, no tenemos razón alguna para suponer que vayan a dejar de ser lo que hasta ahora han sido, salvo que se produjera un acto directo de poder por parte del Ser que primero ordenó el sistema del Universo y que por el bien de sus criaturas continúa ejecutando, conforme a leyes fijas, todas sus diversas operaciones.

No creo que ningún autor haya supuesto que sobre esta tierra el hombre pueda llegar a vivir sin alimento. Pero lo que sí ha supuesto el señor Godwin es que la pasión entre los sexos pueda eventualmente extinguirse. Como él mismo ha presentado esa parte de su trabajo como una simple desviación al campo de las conjeturas, me limitaré, por el momento, a decir que los mejores argumentos en pro de la perfectibilidad del hombre se desprenden de la contemplación de los grandes progresos que ha realizado desde el estado salvaje en que se hallaba inicialmente y de la dificultad que hay en afirmar en qué punto se detendrá este proceso. Pero precisamente, en lo que se refiere a la extinción de la pasión entre los sexos, hasta ahora el progreso ha sido nulo. Parece existir hoy con la misma fuerza que tenía hace dos mil o cuatro mil años. Hay excepciones individuales, como las ha habido siempre. Pero como el número de esas excepciones no parece aumentar, el deducir simplemente de la existencia de una excepción que ésta se va a convertir eventualmente en ley y la ley en excepción, sería indudablemente una manera de argumentar muy poco filosófica.

Considerando aceptados mis postulados, afirmo que la capacidad de crecimiento de la población es infinitamente mayor que la capacidad de la tierra para producir alimentos para el hombre.

La población, si no encuentra obstáculos, aumenta en progresión geométrica. Los alimentos tan sólo aumentan en progresión aritmética. Basta con poseer las más elementales nociones de números para poder apreciar la inmensa diferencia a favor de la primera de estas dos fuerzas.

Para que se cumpla la ley de nuestra naturaleza, según la cual el alimento sea indispensable a la vida, los efectos de estas dos fuerzas tan desiguales deben ser mantenidos al mismo nivel.

Esto implica que la dificultad de la subsistencia ejerza sobre la fuerza de crecimiento de la población una fuerte y constante presión restrictiva. Esta dificultad tendrá que manifestarse y hacerse cruelmente sentir en un amplio sector de la humanidad.

En los reinos animal y vegetal la naturaleza ha esparcido los gérmenes de vida con enorme abundancia y prodigalidad. Ha sido, en cambio, relativamente parca en cuanto al espacio y el alimento necesarios a su conservación. Los gérmenes de vida contenidos en este trozo de tierra, dada una alimentación abundante y espacio donde extenderse, llegarían a cubrir millones de mundos al cabo de unos pocos miles de años. La penuria, esa imperiosa ley de la naturaleza y que todo lo abarca, se encarga de restringirlos manteniéndolos dentro de los límites prescritos. Tanto el reino de las plantas como el de los animales se contraen bajo esta gran ley restrictiva, y el hombre, por mucho que ponga a contribución su razón, tampoco puede escapar a ella. Entre las plantas y los animales, sus efectos son el derroche de simientes, la enfermedad y la muerte prematura. Entre los hombres, es la miseria y el vicio. La primera, la miseria, es una consecuencia absolutamente necesaria de esta ley. El vicio es una consecuencia sumamente probable y que, por lo tanto, abunda por todas partes, pero quizá no deberíamos considerarlo como consecuencia absolutamente inevitable. La verdadera prueba de la virtud está en la resistencia a todas las tentaciones del mal.

Esta natural desigualdad entre las dos fuerzas de la población y la producción en la tierra, y aquella gran ley de nuestra naturaleza, en virtud de la cual los efectos de estas fuerzas se mantienen constantemente nivelados, constituyen la gran dificultad, a mi entender, insuperable, en el camino de la perfectibilidad de la sociedad. Todos los demás argumentos, comparados con éste, son de escasa y secundaria significación. No veo manera por la que el hombre pueda eludir el peso de esta ley, que abarca y penetra toda la naturaleza animada. Ninguna pretendida igualdad, ninguna reglamentación agraria, por muy radical que sea, podrá eliminar, durante un siglo siquiera, la presión de esta ley, que aparece, pues, como decididamente opuesta a la posible existencia de una sociedad cuyos miembros puedan todos tener una vida de reposo, felicidad y relativa holganza y no sientan ansiedad ante la dificultad de proveerse de los medios de subsistencia que necesitan ellos y sus familias.

Por consiguiente, si las premisas son justas, el argumento contra la perfectibilidad de la masa de la humanidad es terminante.

No he hecho más que esbozar las líneas generales del argumento; lo examinaré ahora con más detalle y podrá observarse que la experiencia, verdadera fuente y fundamento de todo conocimiento, confirma invariablemente su veracidad.

Capítulo 2

Ya dije que la población, si no se pone obstáculos a su crecimiento, aumenta en progresión geométrica, en tanto que los alimentos necesarios al hombre lo hacen en progresión aritmética.

Examinemos si esta afirmación es correcta.

Creo que se me concederá que hasta el presente no ha existido ningún Estado (por lo menos que nosotros conozcamos) en el que las costumbres fuesen tan puras y los medios de subsistencia tan abundantes, que los matrimonios tempranos pudieron efectuarse sin obstáculo alguno, por no existir el temor, en las clases inferiores, a no poder asegurar una vida decente a sus familias, y en las clases altas a ver rebajarse su nivel de vida. Por tanto, no sabemos de ningún Estado en el que la fuerza de crecimiento de la población haya podido ejercerse con absoluta libertad.

Instituido o no el matrimonio legal, la naturaleza y la virtud prescriben al hombre unirse siendo aún joven a una sola mujer. Suponiendo que existiera la libertad de cambiar de mujer en el caso de una elección desafortunada, esta libertad no afectaría al volumen de población mientras estos cambios no adquiriesen por su frecuencia un carácter realmente vicioso; pero estamos ahora suponiendo la existencia de una sociedad en la que el vicio es casi desconocido.

En un Estado, por tanto, de gran igualdad y virtud, donde prevaleciesen costumbres simples y puras y en el que los medios de subsistencia fueran tan abundantes que ningún sector de la sociedad tuviese dificultades en proveerse con holgura, la fuerza de crecimiento de la población se ejercería sin trabas y el aumento de la especie humana sería, evidentemente, mucho más rápido que en ningún período conocido del pasado.

En los Estados Unidos de América, donde los medios de subsistencia han sido más abundantes, las costumbres más puras y, por consiguiente, los matrimonios más fáciles y precoces que en cualquiera de los países modernos de Europa, la población resulta haber doblado en el curso de veinticinco años.

Este ritmo de aumento ha sido alcanzado sin que la fuerza de la población se haya ejercido en su plenitud. Tiene el mérito, sin embargo, de corresponder a una experiencia real y, por tanto, lo adoptaremos como regla; sentaremos, pues, el principio de que la población, cuando no lo impi-

de ningún obstáculo, va doblando cada veinticinco años, creciendo así en progresión geométrica.

Consideremos ahora cualquier territorio, por ejemplo, esta isla, y veamos cuál podría ser el ritmo de aumento de su producción de víveres. Empezaremos considerando el actual régimen de cultivos.

Si admitimos que con la mejor administración posible, parcelando la tierra y dando el máximo impulso a la agricultura, se puede conseguir doblar la producción al término de los primeros veinticinco años, creo que nadie podrá acusarnos de excesiva parquedad.

Pero lo que ya es imposible suponer es que en los veinticinco años siguientes la producción vaya a cuadruplicarse. Sería contrario a todas nuestras nociones sobre la fecundidad de la tierra. Lo más que podríamos concebir es que el aumento en esos segundos veinticinco años llegase a igualar nuestra producción actual. Adoptémoslo como nuestra segunda regla, aunque ciertamente esté bien lejos de la realidad, y admitamos que, merced a enormes esfuerzos, la producción total de la isla pueda registrar cada veinticinco años aumentos equivalentes a la producción actual. El más entusiasta de los soñadores no puede, creo yo, imaginar un ritmo de aumento mayor. Al cabo de unos cuantos siglos, cada acre de nuestro suelo se habría convertido en un jardín.

Pero esta progresión es evidentemente aritmética.

Podemos, pues, afirmar que los medios de subsistencia aumentan en progresión aritmética. Comparemos ahora los efectos de estas dos leyes de aumento.

La población de nuestra isla es actualmente de unos siete millones; supongamos que la producción actual baste para mantener esta población. Al cabo de los primeros veinticinco años la población sería de catorce millones, y como el alimento habría también doblado, bastaría a su manutención. En los veinticinco años siguientes, la población sería ya de veintiocho millones y el alimento disponible correspondería a una población de tan sólo veintiún millones. En el período siguiente la población sería de cincuenta y seis millones y las subsistencias apenas serían suficientes para la mitad de esa población. Y al término del primer siglo la población habría alcanzado la cifra de 112 millones mientras los víveres producidos corresponderían al sustento de treinta y cinco millones, quedando setenta y siete millones de seres totalmente privados de alimento.

Una gran emigración lleva necesariamente implícita alguna forma de infortunio en el país desertado. Pues pocas personas habrá que abandonen sus familias, sus relaciones, sus amigos y su tierra natal para instalarse en un país desconocido y de clima extraño sin que lo justifique una situación de profundo malestar en el lugar en que se encuentran o la esperanza de hallar considerables ventajas en el lugar de destino.

Pero para generalizar aún más nuestra argu-

mentación y evitar que los aspectos parciales de la emigración puedan interferir en ella, consideremos la tierra en su conjunto, y supongamos que todos los obstáculos al crecimiento de la población fuesen universalmente suprimidos. Si las subsistencias que la tierra, en su conjunto, suministra al hombre aumentasen cada veinticinco años en una cantidad igual a la que actualmente produce, significaría que la capacidad productiva de la tierra sería absolutamente ilimitada y su ritmo de incremento muy superior al que podríamos concebir como susceptible de ser alcanzado por el esfuerzo de la humanidad.

Estimando la población del mundo, por ejemplo, en mil millones de seres, la especie humana crecería como los números: 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256, 512, etc., en tanto que las subsistencias lo harían como: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10; etcétera. Al cabo de dos siglos y cuarto la población sería a los medios de subsistencia como 512 es a 10; pasados tres siglos la proporción sería de 4.096 a 13 y a los dos mil años la diferencia sería prácticamente incalculable a pesar del enorme incremento de la producción para entonces.

No hemos asignado límite alguno a la producción de la tierra. La hemos concebido como susceptible de un aumento indefinido y capaz de rebasar cualquier límite que se le fije, por muy grande que éste sea; sin embargo, la fuerza de la población es de un orden superior y, por consiguiente, el crecimiento de la especie humana únicamente podrá mantenerse nivelado al aumento de

los medios de subsistencia mediante la constante acción de la poderosa ley de la necesidad refrenando el impulso de la mayor de estas fuerzas.

Nos queda ahora por examinar los efectos de esta acción restrictiva.

Respecto a las plantas y a los animales, la cuestión es simple. Unos y otros son impulsados por el poderoso instinto a multiplicar su especie, sin que este instinto sea detenido por ningún raciocinio o reparo acerca del sustento de la prole. Siempre que existe libertad tenemos la fuerza generadora en acción y los efectos de la excesiva abundancia son destruidos posteriormente por la falta de espacio y de alimento, tan frecuente entre las plantas y los animales, y, asimismo, entre estos últimos, por la lucha a muerte que se libran entre sí.

Los efectos de este obstáculo son mucho más complejos en el hombre. Él también se halla impulsado a multiplicar su especie por un instinto no menos potente, pero la voz de la razón le detiene en su impulso. ¿No estará trayendo al mundo seres a quienes no pueda, tal vez, asegurar el sustento? En un régimen de igualdad la cuestión no presenta dificultades. Pero en el estado actual de la sociedad surgen otras consideraciones. ¿Le obligará el aumento de familia a reducir su posición en la vida? ¿Se encontrará con más dificultades de las que ya tiene? ¿Tendrá que trabajar más? Y si su familia es ya numerosa, ¿podrá, con un esfuerzo agotador, hacer frente a los nuevos gastos?, ¿podrá evitar que sus niños anden an-

drajosos y llenos de miseria, pidiéndole un pan que no pueda darles?, ¿y no se verá quizá en la irritante necesidad de hipotecar su independencia y tener que recurrir al brazo salvador de la caridad?

Estas consideraciones están destinadas a evitar, y sin duda alguna lo evitan, que muchos hombres, en los países civilizados, se dejen llevar por el aguijón de la naturaleza, y tomen mujer cuando aún son muy jóvenes. Y esta restricción conduce al vicio casi por necesidad, aunque no de forma ineludible. Sin embargo, en todas las sociedades, incluso en las de costumbres más viciosas, la tendencia hacia el enlace virtuoso es tan fuerte, que se observa una presión constante hacia el aumento de la población. Esta presión tiende, con no menos constancia, a hundir a las clases inferiores de la sociedad en la miseria y a evitar toda permanente mejora considerable de su situación.

Veamos en qué forma parecen producirse estos efectos.

Supondremos que los medios de subsistencia en un país determinado son los justos para asegurar el holgado sustento de la población. La constante fuerza de crecimiento de la población, que, como hemos visto, actúa incluso en las sociedades más viciosas, hace que el número de habitantes aumente más de prisa que los medios de subsistencia. El alimento que aseguraba el sustento de siete millones de personas tendrá que distribuirse ahora entre siete y medio u ocho millones. Los pobres vivirán, por consiguiente, mucho peor, y

muchos de ellos se verán abocados a la más angustiosa miseria. Por ser el número de trabajadores superior a las posibilidades de absorción del mercado laboral, el precio del trabajo tenderá a disminuir, mientras que los precios de los productos alimenticios tenderán a subir. El obrero se verá, pues, obligado a trabajar más para ganar lo mismo. Durante este período de escasez son tantas las dificultades que hay que vencer para mantener una familia que los matrimonios se hacen menos frecuentes y la población deja de aumentar. Mientras tanto, el bajo precio y la abundancia de la mano de obra, y, asimismo, la necesidad de crear nuevos puestos de trabajo, incita a los cultivadores a aumentar el número de sus braceros, a roturar nuevas parcelas y a abonar y mejorar las que ya tienen en cultivo, de tal suerte que eventualmente la producción de alimentos alcanza de nuevo la proporción respecto a la población que tenía al iniciar nuestro análisis. El obrero vuelve a vivir en condiciones de relativo confort, con lo cual la tensión restrictiva de la población se afloja de nuevo, volviendo a iniciarse el mismo proceso alternativo de progreso y retroceso de la felicidad humana.

Este tipo de oscilación no será advertido por un observador superficial e incluso al más perspicaz le será difícil calcular su periodicidad. Pero no creo que ningún hombre reflexivo que estudie la cuestión con la debida profundidad ponga en duda el hecho de que esta oscilación existe en todos los países viejos aunque, bajo el efecto de

influencias oblicuas, aparezca con mucho menos relieve y regularidad que en mi descripción anterior.

Son muchas las razones por las cuales esta oscilación no ha tenido una confirmación experimental decisiva y ha sido menos evidente de lo que se podía suponer.

Una razón principal es que las historias de la humanidad escritas hasta la fecha son historias tan sólo de las clases superiores. Disponemos de muy pocos relatos históricos fidedignos que describan las costumbres y los quehaceres del sector de la humanidad en el que principalmente se produce este movimiento oscilatorio de progreso y retroceso. Una historia de este tipo relativa a un pueblo y a un período determinado exigiría, para ser realmente satisfactoria, la atención constante y minuciosa de una mente observadora durante toda una larga vida. Algunas de las cuestiones a investigar serían, por ejemplo, la proporción entre el número de matrimonios y el número de adultos, la relación entre la extensión del vicio en las costumbres y las restricciones matrimoniales, el estudio comparativo de la mortalidad infantil en los sectores más desamparados de la población y en los de vida más holgada, las variaciones en el precio real del trabajo, y, finalmente, las diferencias visibles en la situación de las clases desheredadas, desde el punto de vista de su felicidad y del grado de comodidad de su vida, en diferentes ocasiones dentro de un mismo período.

Una historia así enfocada contribuiría considerablemente a elucidar la manera de actuar de esta constante fuerza restrictiva de la población y demostraría, pobablemente, la existencia de ese movimiento de progreso y retroceso, al que hacíamos anteriormente referencia, aun cuando la periodicidad de este movimiento ha de ser necesariamente irregular, bajo la influencia de una gran diversidad de causas de interrupción tales como la implantación o el hundimiento de ciertas industrias manufactureras, el espíritu más o menos emprendedor de los agricultores, la abundancia o escasez de las cosechas, las guerras y las pestes, las «leyes de pobres» *(poor laws)*, el invento de nuevos procesos de fabricación que permiten reducir la mano de obra sin una ampliación proporcional del mercado de salida de esta mercancía y, en particular, la diferencia entre el precio nominal y el precio real del trabajo, circunstancia ésta que quizá más que ninguna otra contribuye a que ese movimiento de oscilación pase inadvertido.

Ocurre muy pocas veces que el precio nominal del trabajo descienda universalmente, pero bien sabemos que con frecuencia se ha mantenido invariado, mientras subía gradualmente el precio nominal de los productos alimenticios. Esto, en la práctica, representa una disminución real del precio del trabajo, y, en los períodos en que esto ocurre, las condiciones de las capas inferiores de la comunidad se hacen cada vez más insoportables. Pero los agricultores y capitalistas se enriquecen gracias al bajo precio real de su mano de obra. Sus crecientes capitales les permiten em-

plear a un mayor número de trabajadores. Al aumentar la demanda de trabajo, subirá necesariamente el precio del mismo. Pero la falta de libertad en el mercado laboral, que se observa más o menos en todas las comunidades, o por las leyes parroquiales o como consecuencia de esa facilidad para ponerse de acuerdo que tienen los ricos y les falta a los pobres, tiende a evitar que la subida del precio del trabajo se produzca en el natural momento y lo mantiene bajo por algún tiempo, quizá hasta un año de mala cosecha, cuando el clamor de los trabajadores es demasiado estruendoso y su indigencia demasiado manifiesta para poder seguir resistiéndola.

La verdadera causa del aumento del precio del trabajo queda, pues, oculta, y los ricos pueden así presentar este aumento como un gesto de compasión y de condescendencia hacia los pobres, para mitigar los efectos de una mala cosecha, de tal suerte que al volver la abundancia no vacilan en manifestar la menos razonable de las quejas: que el precio del trabajo no vuelve a caer, cuando un poco de reflexión les haría comprender que la subida de este precio se hubiera producido mucho antes de no haber sido demorada por su injusta conjura.

Pero si bien es verdad que con sus maniobras desleales los ricos contribuyen con frecuencia a prolongar situaciones particularmente angustiosas para los pobres, no es menos cierto que ninguna forma posible de sociedad es capaz de evitar la acción casi constante de la miseria, bien sea sobre

una gran parte de la humanidad, en el caso de existir desigualdad entre los hombres, bien sobre toda ella si todos los hombres fuesen iguales.

La teoría sobre la cual se asienta la verdad de esta posición me parece tan extremadamente clara que no logro imaginarme qué parte de la misma pueda ser refutada.

Que la población no puede aumentar sin que aumenten los medios de subsistencia es una proposición tan evidente que no requiere demostración.

Que la población aumenta invariablemente cuando dispone de los medios de subsistencia lo demuestra ampliamente la historia de todos los pueblos que han existido en la tierra.

Y que la fuerza superior de crecimiento de la población no puede ser frenada sin producir miseria o vicio lo atestigua con harta certidumbre la considerable dosis de estos dos amargos ingredientes en la copa de la vida humana y la persistencia de las causas físicas que parecen haberlos producido.

Pero a fin de afianzar aún más la validez de estas tres proposiciones, examinemos los diferentes estados por los que la humanidad ha pasado en su trayectoria histórica. Pienso que un breve repaso de estos estados bastará para convencernos de que estas proposiciones son verdades incontrovertibles.

En el estado más primitivo de la humanidad, en el que la caza era la principal ocupación del hombre y la única forma de adquirir alimento, con los medios de subsistencia esparcidos sobre grandes extensiones de territorio, la densidad de la población era necesariamente escasa. Se dice que la pasión entre los sexos es menos ardiente entre los indios de Norteamérica que en cualquier otra de las razas humanas. Sin embargo, a pesar de esta apatía, el crecimiento de la población parece haber sido, incluso en este pueblo, siempre superior al aumento de las subsistencias. Esto parece ser debido al aumento relativamente rápido de la población que se produce cada vez que una de sus tribus se instala sobre algún territorio fértil y puede obtener su alimento de fuentes más fructíferas que las de la caza; se ha observado a menudo cómo en familias instaladas a proximidad de las colonias europeas y en las que, por consiguiente, se han ido introduciendo formas de vida más fáciles y más civilizadas, las mujeres llegan a criar cinco, seis y más hijos, en tanto que en estado salvaje son pocas las familias en las que más de uno o dos hijos alcancen la edad madura. Lo mismo se ha observado entre los hotentotes instalados a proximidad de El Cabo. Estos hechos confirman la superioridad de la fuerza de crecimiento de la población sobre la que determina el aumento de las subsistencias en los pueblos de cazadores y nos muestran la pujanza con la que esta fuerza actúa cuando puede hacerlo libremente.

Falta por dilucidar si esta fuerza puede ser refrenada para que sus efectos se mantengan al nivel de los medios de subsistencia sin que intervengan la miseria y el vicio.

Los indios de Norteamérica, considerados como pueblo, no son precisamente libres ni iguales. En toda la información que tenemos sobre ellos, y por cierto sobre la mayoría de los demás pueblos primitivos, la mujer aparece aún más esclavizada por el hombre que el pobre por el rico en los países civilizados. Una mitad de la población se nos presenta actuando como ilotas de la otra mitad, y vemos a la miseria, que frena el crecimiento de la población, abrumando, como es de ley, principalmente, a los estamentos inferiores de la sociedad. La infancia, en este estado primitivo, necesita cuidados particulares que las mujeres no pueden pres-

tarle, estando condenadas a sufrir las molestias y sinsabores de frecuentes desplazamientos, con la constante y agobiadora preocupación de tener siempre todo dispuesto para recibir debidamente a sus tiránicos esposos. Estas duras labores, realizadas tanto durante el embarazo como con el niño atado a la espalda, no pueden menos de provocar frecuentes abortos y, al mismo tiempo, sirven para seleccionar los niños más robustos, que serán los únicos en llegar a la edad madura. Si añadimos a estas penalidades sufridas por las mujeres el azote de las incesantes guerras tribales, y la frecuente obligación en que se encuentran de abandonar a sus padres, ancianos y desvalidos, violando así los sentimientos más primarios de su naturaleza, tendremos un cuadro de la vida en aquella época, marcado con el sello del dolor y de la miseria. Al estimar el grado de felicidad alcanzado por un pueblo salvaje, no debemos fijar nuestra mirada tan sólo sobre el guerrero en la flor de la vida; es uno entre un centenar, es el señor, el hombre afortunado, el favorecido por la suerte; pero cuántos intentos frustrados hasta lograr producir este ser privilegiado, protegido por sus genios guardianes contra los peligros innumerables que amenazaban su infancia y su juventud. El verdadero criterio de comparación entre dos naciones está, creo yo, en enfrentar cada grupo de cada una de ellas con aquel al que parece responder en la estructura de la otra. Así, por ejemplo, pueden compararse, por una parte, los guerreros salvajes en la flor de la vida con

los señores de los países civilizados y, por la otra, las mujeres, los niños y los ancianos de los países primitivos con las clases inferiores de las comunidades civilizadas.

Pienso que de esta breve reseña, o mejor dicho, de la información que tenemos sobre la vida de los pueblos cazadores, podemos deducir que si su población es escasa, es debido a la escasez de alimentos; que esta población aumentaría en cuanto los alimentos fuesen más abundantes y que descartando el vicio, que no existe en los pueblos salvajes, tiene que ser la miseria la que reprima la fuerza superior de la población y mantenga sus efectos al nivel de los medios de subsistencia. Tanto la experiencia del pasado inmediato como la observación de la realidad presente nos muestra que este freno actúa, salvo en contadas excepciones de alcance local o temporal, con carácter permanente en todas las naciones salvajes, y la teoría nos indica que probablemente actuaba hace mil años con casi la misma fuerza y lo hará dentro de otros mil con una fuerza no muy superior.

Respecto a las costumbres y formas de vida de una sociedad dedicada al pastoreo, estado siguiente de la humanidad, nuestra ignorancia es aún mayor. Pero la historia pasada de Europa y de los más hermosos países del mundo nos demuestra que tampoco los pueblos pastores pudieron eludir el azote de la miseria por escasez de alimentos. Fue el hambre el aguijón que impulsó a los pastores escitas a abandonar sus poblados nativos, como lobos hambrientos en busca de sus presas. Mo-

vidos por esta misma fuerza arrolladora, multitudes de bárbaros se fueron reuniendo procedentes de todos los puntos del hemisferio norte. Dejando tras de sí un rastro profundo de terror y de muerte, sus masas congregadas oscurecieron el sol de Italia y hundieron al mundo entero en las tinieblas de una noche universal. Estos tremendos efectos, sufridos tan profundamente y durante tanto tiempo en la parte más hermosa de la tierra, no tuvieron más causa que la superioridad de la fuerza de crecimiento de la población respecto a los medios de subsistencia.

Se sabe que un territorio dedicado al pastoreo no puede mantener al mismo número de habitantes que si estuviese cultivado, pero lo que les da a las naciones de pastores su enorme poderío es la facultad que tienen de movimiento y la necesidad en la que se encuentran con frecuencia de ejercer esta facultad para buscar los nuevos pastos que necesitan sus reses. Una tribu con mucho ganado tenía en él una base de alimentación abundante. En caso de absoluta necesidad, siempre tenía el recurso de devorar incluso a los animales de vientre. Las mujeres vivían con más comodidad que en los países de cazadores. Los hombres, con la fuerza de su unidad y la confianza de disponer de pastos para sus ganados manteniéndose en movimiento, sentían probablemente muy pocos temores respecto al sustento de sus familias. La combinación de estas favorables circunstancias pronto provocó su natural e invariable efecto de aumentar la población. Fue entonces necesaria

una movilidad aún mayor. Las tribus ocuparon territorios cada vez más amplios, extendiendo la desolación a su alrededor. El hambre aguijó a los miembros menos afortunados de la sociedad y finalmente, la imposibilidad de mantener comunidades humanas tan numerosas fue demasiado evidente para ser resistida. Jóvenes fueron lanzados de la comunidad de sus padres y aleccionados para explorar nuevas regiones y conquistar con sus espadas mejores lugares para instalarse con sus familias. «Ante ellos tenían al mundo entero para escoger». Con la angustia de su presente infortunio, con la esperanza de un porvenir más risueño y animados por un intrépido espíritu emprendedor y aventurero, estos hombres valientes fácilmente se convertían en formidables adversarios de quienes pretendieran oponerse a ellos. Los pacíficos moradores de los países invadidos ofrecían poca resistencia ante el ampuje de hombres impulsados por tan perentorios motivos. Pero cuando el choque se producía con otras tribus semejantes, la contienda se convertía en una lucha feroz por la existencia, en un combate desesperado a vida o muerte.

En estas salvajes contiendas, muchas tribus habrán sido totalmente exterminadas; algunas de ellas probablemente por el hambre y la miseria. Las que tuvieron mejor estrella crecieron y se convirtieron en tribus poderosas que, a su vez, destacaron a sus elementos jóvenes y de espíritu más aventurero en busca de territorios aún más fértiles. El prodigioso derroche de vidas humanas pro-

ducido por estas luchas perpetuas por el espacio y el alimento era ampliamente compensado por la enorme fuerza de crecimiento de la población, actuando, prácticamente, sin freno ni trabas, gracias a la forma de vida migratoria. Las tribus que emigraron hacia el sur, a pesar de tener que luchar constantemente para poder establecerse en estas regiones más fértiles, crecieron rápidamente tanto en número como en fuerza, merced a la abundancia de sus medios de subsistencia. De esta suerte, al cabo de cierto tiempo, todo el territorio, desde las fronteras de China hasta las costas del mar Báltico, fue poblado por diversas razas de bárbaros, valientes, robustos y emprendedores, avezados a las privaciones y ansiosos de combatir. Algunas tribus conservaron su independencia. Otras se alinearon bajo el estandarte de algún jefe bárbaro que las condujo de triunfo en triunfo, y lo que es aún más importante, hacia regiones donde abundaba el trigo, el vino y el aceite, esos productos tan deseados y que constituían la mejor recompensa a sus esfuerzos y sufrimientos. Un Alarico, un Atila, un Jengis Khan y los jefes que les rodeaban combatían tal vez por la gloria, por la fama de sus conquistas, pero lo que realmente puso en movimiento la gran marea migratoria del Norte, y lo que continuó impulsándola en diferentes épocas contra China, Persia, Italia e incluso Egipto, fue la escasez de alimentos y la desproporción entre la población y los medios de subsistencia.

La población absoluta en cualquiera de estos

períodos tenía necesariamente que ser escasa en relación con la superficie del territorio, visto el carácter improductivo de algunas de las regiones ocupadas; pero el ritmo en que se sucedían los seres humanos debió ser sumamente rápido, y tan pronto como algunos caían bajo la guadaña de la guerra o el hambre, otros surgían, en números crecientes, para ocupar sus plazas. Entre estos audaces e imprórvidos bárbaros, la población crecía probablemente sin el obstáculo que supone, en los Estados modernos, el temor a las dificultades futuras. La permanente confianza en los beneficiosos efectos del cambio de lugar, la constante expectación de futuros botines, la facultad, incluso, en último extremo, de vender a los hijos como esclavos, y añadido a esto la indiferencia natural del carácter bárbaro, todo contribuía a la superabundancia de una población que el hambre y la guerra se encargaban luego de frenar.

Cuando impera la desigualdad de condiciones, como muy pronto ocurre en las sociedades de pastores, la desgracia provocada por la escasez de alimentos recae principalmente sobre los miembros más desafortunados de la sociedad. Y generalmente quienes más han de sufrir serán las mujeres, expuestas eventualmente a ver sus hogares saqueados durante la ausencia de sus esposos y sometidas a continuos desengaños en la espera de su regreso.

Pero si bien no conocemos suficientemente la historia detallada e íntima de estos pueblos para poder determinar con exactitud sobre qué sector